

Germinal

Año IV.

Lima, 13 de Enero de 1906.

Núm. 67

PARA LAS ESCUELAS

Lección de estética infantil.

Julio era un niño de tres años, fuerte, saludable, bello.

Tenía instintos artísticos.....

Una tarde de primavera, en que el sol lucía sus más espléndidas galas, Julio, seguido de cerca de su niñera, se dedicaba á su ocupación favorita, que era construir jardines.

La tarea era fácil, porque sobraba arena en el campo i había, con profusión, ramitas, plantas i florcillas silvestres.

Sin embargo, el trabajo fué largo i sudoroso. Hubo que llevar gran cantidad de arena al montón central; hacer otros montones en la circunferencia, ahondar la tierra en ciertos sitios, para construir los planos inclinados. Para todo esto se necesitó emplear el carro de madera, con su brillante llanta, de acero, tirado por dos mulas gallardas. No faltaron, en verdad, peones. En cuanto se fueron enterando los niños que jugaban al lado, corrieron á prestar su ayuda al jardinero; i la banda de muñecos, algunos de año i medio i dos años, iba i venía, ya animando á las mulas, ya llevando puñaditos de arena i ramitas, con lo que hubo sus caídas de bruces i sus lantos angustiosos, por la picara espina que, escondida en el tallo, había mordido la mano gruesa i rosada del atrevido, al coger la florcilla capataste.

Pero, en fin, tras algunas horas de labor afanosa, la obra estaba terminada, i el montículo central se veía cubierto de verdor i coronado por una gran rama, que parecía árbol corpulento, destacándose en la montaña; los otros montones laterales se ofrecían no menos vistosos, i por todo el amplio círculo que abrazaba el resto del jardín improvisado, había sus trozos de floricultura, su arbolado, sus veredas i su verde prado de musgo, por donde á los corderillos les hubiera dado envitia de pastar i revolcarse si lo vieran.

Muchos señores de los que acertaban á pasar por allí, se quedaban contemplando la faena, sonrientes i embebecidos, al ver la maestría i el afán con que trabajaban los muñecos. Isabel, la niñera, que era la más admirada, i que estaba admirada de su Julio, cuyas habilidades ya conocía, no dejó de interrumpirle alguna vez conmiéndoselo á besos, i repitiendo, para que lo oyeran los señores que pasaban:— ¡Si este chico es una alhaja!

Pero cuando todo estaba terminado, todo brillante, i los rayos del sol juguetaban rientes entre arbolitos, flores i musgos, dándole un aspecto que engañaba á las mariposas, alguna de las cuales había ido á posarse en el macizo central entre un coro de aplausos de los niños, que contemplaban maravillados su propia obra, entonces aparece una horda de muchachos que habían hecho novillos en la escuela, i arrojándose sobre el jardín, lo paten, levantan por el aire los montones de tierra, destroran arbolitos i flores dejándolo todo deshecho i trastornado como si por allí hubiera pasado una ola de destrucción.

Tod, esto, naturalmente, entre un coro de llanto i de súplicas impotentes de los pechuelos, contestados con los golpes de la mofa de aquella partida de vándalos.

Isabel, llena de ira, se arrojó sobre uno de los salvajes, dándole de bofetadas, i entonces el muchacho, sacando una navajilla, se la clavó á la niñera, que comenzó á dar gritos de dolor.

A los lamentos acudió un gran golpe de gente primero, i luego los guardias, que llevaron á la prevención al muchacho, á la niñera herida, mientras el infeliz Julio, que al ver destrorada su obra artística, había sentido estremecerse su corazón como las alas blancas de la mariposa al ir á posarse sobre el árbol simulado, lleno de espanto por

aquello que pasaba, iba lanzando sollozos, cogido de la falda de su niñera, creyendo que el mundo se había acabado para él.

¿Veis, niños, si es salvajismo tocar á las obras de belleza, á las obras estéticas, de recreo, de gusto, de placer, por sencillas que fueren?

Muchas de esas obras representan una labor infatigable, en que han puesto, ya que no sus manos, su pensamiento, siglos i siglos.

Toda la Edad Media había pasado, i aún los artistas no habían aprendido á hacer estatuas ni monumentos de belleza, como los que produjeran griegos i romanos.

Como flor espléndida de un jardín que hubiera tardado en producirse quince siglos, aparecerán en el siglo XVI esas dos estrellas de primera magnitud de las artes que se llaman Miguel Angel, el colosal escultor, i Rafael, el pintor sublime, rodeados de sus discípulos, á manera de constelaciones, irradiando eterna luz en el cielo del ideal.

Pero todo esfuerzo hecho, aun entre la noche de la Edad Media, toda virgen rígida i sombría, con las manos de dedos largos i afilados, llevando en los brazos un niño informe i desproporcionado, que ofrecen los antiguos cuadros de iglesia; toda figura de apóstol, de personaje bíblico, que aparece groseramente tallada en los pórticos de los templos, en las capillas, en las joyas, en los muebles, en las hornacinas i crestería de los edificios, son el producto de tanteos, de ensayos, de avances progresivos, que han costado largos trabajos i afanosas vigiliadas, habiendo formado el encanto i la delicia de las generaciones, á cuya vista se hicieron, como formaban el encanto de los paseantes que lo veían, ese producto de la jardinería infantil dirigido por el precoz artista Julio.

Respetemos como un tesoro sagrado todas esas obras de arte.

Son vándalos los niños que apedrean las estatuas, que destroran los adornos i figuras que embellecen los pórticos de nuestros templos i de toda clase de monumentos arquitectónicos.

Es un duelo ver como están de destrazados por el vandalismo de los muchachos las estatuas que decoran nuestras magníficas catedrales. Esos brutos no saben que apedreando las obras de arte apedreaban á sus padres, á sus abuelos, á todos sus antepasados, en aquello que más habían amado, formando el encanto de sus ojos, la alegría de sus almas. ¡Qué inmensa alegría la de la población toda entera al ver terminado por una generación de artistas, traídos á todo precio del extranjero, el pórtico de la catedral que había tardado en levantarse i acabarse varios siglos! Toda Roma, con los Papas á la cabeza, iban á recrearse en la contemplación de una estatua griega descubierta por acaso, sin reparo á que fuera obra de paganos.

Para el arte no hai sectas, ni religiones, ni estrechez de miras: el arte abraza á todos los hombres porque toca al corazón, que es de igual estructura en todas las criaturas racionales, sea cualquiera su patria i su color.

No más vandalismo.

Esa mutilación de las obras del arte cristiano, ha sido realizada por muchachos i jóvenes salidos de las escuelas católicas, ó que no han visitado una escuela, porque el limpio i orgulloso sacerdocio se ha complacido en tener á los hijos del pueblo envueltos en las tinieblas de la más crasa ignorancia.

Los niños de la República i del socialismo tienen que inaugurar una era nueva de universal justicia, que abraza tiempo i espacio en toda su vasta plenitud.

Haga justicia á los artistas del pasado i á las generaciones que los admiraron, respetando en ellos sus obras.

Antes cortarse una mano que tirar una piedra á una estatua.

Que se avergüencen los clérigos i los hombres de religión, viendo que para que haya aquí respeto á los monumentos brotados de la inspiración religiosa, ha sido preciso que se eduquen nuevas generaciones en principios completamente opuestos á las imposiciones tiránicas de la religión.

(De LAS DOMINICALES — Madrid)

LEYENDO LA HISTORIA

Abrió la Historia; sus pobladas hojas giraron á mi vista

i al paso que avanzaba en su lectura fueron rojas las letras, como escritas con sangre derramada.

Acabé de leer; por mis pupilas pasaron un momento grandes turbas de gentes que lloraban ó rugían, i rebaños de imbeciles que doblaban el lomo con delicia, miriadas de torpes orgullosos elevados á necias gerarquías; i pensé:

— ¡Cuán sangrienta i espantosa es esta Historia escrita!

¡Cuán sangrienta será la Historia oculta,

aquella verdadera que describa los misterios de crímenes i luchas,

que ocultó la servicia de negros palaciegos!

¡Si la tierra debiera ser roja!

¡Sangrientamente cárdena!

¡Cuán tanta sangre vertida!

¿I por qué? ¿I por el pueblo? ¿I por el hombre?

¿I por su felicidad? ¡Cuán tanta mentira!

Porque sí, porque tal se le antojaba á un Tirano, señor de muchas vidas.

¡A cuántos poderosos asesinos se alzan en bronce para ejemplo i guía!

—

¿Que eres tú, vencedor de tantas castas

i vencedor de tantas impudencias,

Alejandro gigante? Un gran bandido, soberbio pueblucho.

César grande i famoso: tus victorias costaron tanta sangre i tu rapina tanto broto amontonado, que bien pudieras formar un rojo lago con orillas de auríferas arenas.

Azote de un Dios vil, soberbio Atila: hinchaste los arroyos i aumentaste la tierra con caliza

de huesos de guerreros

Fuiste grande, es verdad, como sería el diluvio, la peste, ó de Sodoma la lluvia de centellas encendidas.

Profeta del Islam: tu Paraíso es de extensión merquina

para almas tantas como á él enviaste.

¡Así á un crimen sucede una ignominia,

i la tierra se parte i se defiende entre una minoría,

cuál defendes tu presa los chacales, i unos tras otros se alzan i desfilan los grandes i sublimes bandoleros,

los grandes i sublimes homicidas, i eternamente estápirla

la Humanidad dormita,

ó aplaude i engrandece aquellos mismos que, con gusto feroz, la sacrifican.

—

El rodar de los siglos produciendo

hecatombes continuas;

el clamor de los pueblos extinguidos en ambiciosas piras,

los extensos osarios que dejaron de las razas guerreras las conquistas,

todo un mundo de crímenes teniendo la Fuerza por razón i la Injusticia por base de granito,

en la Historia se hacina como sombras dantescas i nocturnas entre grandes ruinas.

—

No más, no más, Humanidad doliente, suecude para siempre tu estulticia, despierta, que ya es hora, de tan negra,

i horrenda pesadilla.

No sed bestias, sed hombres: Las bestias se destroran i exterminan, los hombres se protegen sin que haya distancias que lo impidan.

Esas pétreas estatuas de guerreros soñá perennes reliquias de tiempo luctuoso en que los hombres se odiaban i reñían.

Humanidad doliente: las memorias de Alejandro, i Césares malditas eternamente sean!

¡Aventad sus cenizas, no resurjan de pronto de sus tumbas i reanuden sus luchas patricidas!

MAXIMILIANO M. MONJE.

Palabras de Alfredo Calderón

Poco ó nada amigo de ensalzar á los hombres, esta regla general de mi conducta tiene contadísimas excepciones. Una de ellas la constituye el eximio articulista, cuyo nombre sirve de cabecera i ornamento de estas líneas.

La impresión que me produjo el libro intitolado *Palabras*, de tan ilustre escritor, mueve mi pluma á decir, aunque tardamente, algo sobre la labor periodística del maestro de la prensa española.

Si bien supongo á mis lectores enterados de la obra, prefiero citar algunos conceptos i frases contenidas en la misma, á trazar los juicios i comentarios que me haya podido sugerir aquel incomparable trabajo.

La generalidad de los artículos que forman el libro, por su tendencia i por el asunto de que tratan, constituyen una laudable campaña anticlerical emprendida con extraordinaria valentía i poderosos argumentos, como puede verse en los párrafos que me permito extractar.

¿Que el estado eclesiástico es un estado de perfección?..... Seanos todos perfectos como nuestro padre que está en los cielos.

(Solución.)

Toda tamijn medianamente acomodada conía sus hijas á las monjas, i sus hijos á los jesuitas ó escolapios. Así se preparan generaciones de beatos i gazmonos, frías, insípidas, ignorantes, fanatizadas, egoístas, mezquinas, candidatas para el cielo, sin alma ni calor de vida.

(Hablando en plata.)

Religión i política son dos cosas, cada una de por sí excelente, que, mezcladas, producen un tóxico que mata las almas i envenena las conciencias

(Inri.)

El sacerdote no es elegido por Dios; suele ser un prófugo del arado, que busca la manera de vivir mejor, trabajando menos. La hermana de la Caridad no es el angel consagrado al sacrificio, es, á veces, una desertora del estropajo, agría guardiana ó enfermera adusta. El monje no es el austero solitario del yermo, sino el miembro activo de una compañía industrial ó mercantil, que tiene á su orden por razón social. La religión no es la criatura tocada de la gracia, sino la doncella rica suggestionada por el je suíta ó la solterona cargada de desilusiones.

(La leyenda mística.)

La educación dogmática es más perniciosa que útil. Para adiestrar al niño en el uso de su pensamiento, empieza por inculcarle la necesidad de crecer por obligación aquello que no comprende. Para prepararle al empleo racional de su libertad, empieza por someter su espíritu al yugo de una autoridad soberana é indiscutible. Para disuadirle á arrostrar animosamente la vida, le dice que todo en ella es mal, dolor i sufrimiento; el deseo, tentación; el deleite, pecado, i la felicidad, apariencia. Para hacerle amar

das en materia de educación, de caminos, de finanzas, de irrigación, de régimen administrativo, de industrias, de comercio, de inmigración, de todo lo que necesita la república para surgir. Pero el Dr. Durand, cegado por la soberbia ó por la superficialidad de su carácter, en vez de dejar sin respuesta nuestro interrogatorio, nos hizo con mucho desahago, como quien exhibe una serie de trabajos dignos de Hércules ó Anteo.

1.º—Presenté un proyecto, que hice convertir en ley, para que se abriese un camino que uniera el centro de la república con el río Pachitea.

2.º—Presenté un proyecto, lo hice convertir en ley, á fin de que los tenedores de bonos devolviesen al gremio de mineros el socavón de Rumiailana.

3.º—Presenté un proyecto, lo hice aprobar en ambas Cámaras, concediendo derechos políticos á los extranjeros.

4.º—Presenté un proyecto creando la marina mercante nacional, bajo la condición de entregarle el cabotaje.

5.º—Presenté el proyecto para la abolición de la contribución personal.

6.º—Hice un estudio profundo de la cuenta general de la república durante 1895, i presenté, defendi é hice aprobar un dictamen declarando la responsabilidad de los gobiernos de esa época.

7.º—Presenté un proyecto para la creación de las escuelas de artes i oficios.

Basta dejar constancia de la respuesta del Dr. Durand para hacer tangible la infundancia de su labor.

De siete proyectos, sólo tres merecen el calificativo de generosos: el 3.º, el 5.º i el último.

Si el jefe de los liberales hubiera estado repleto de ideas, como era de presumirse en un joven que aceptaba la responsabilidad de colocarse á la cabeza de una asamblea legislativa, es indudable que podría hacer mérito hoy, no de tres iniciativas amplias i de cuatro proyectos, lugares otros, sino de veinte ó treinta trabajos, todos buenos, todos regeneradores i marcados todos con el sello de la austeridad, de la suficiencia, de la verdadera preparación que necesita el gobierno de la república. Esas mismas iniciativas que calificamos de generosas i amplias, no debieron ser mucho mejores: ¿Cuál de ellas eclipsaría á la reforma de la enseñanza? ¿cuál de ellas privaría sobre la irrigación i colonización, de la costa, el establecimiento de un régimen tributario justo i científico ó la regularización de la marcha administrativa del Estado? ¿Pensó alguna vez el Dr. Durand en las necesidades superiores del comercio? ¿Se afanó nunca por el aniquilamiento de las infamias que imposibilitan la redención del indio? Estos son los grandes problemas de nuestra nacionalidad, i si el jefe de los liberales hubiera hecho algo por definirlos, tendría razón para mostrarse orgulloso de su obra en las legislaturas de 1895.

Vamos á estudiar ahora los proyectos 1.º, 2.º, 4.º i 6.º.

¿Qué es el camino al Pachitea? Tiene tanta importancia como el del Unini, el del Madre de Dios i el del Marañón, ni merece el calificativo de la mejor vía para el Oriente ni puede estimarse mucho menos como el desideratum de este gravísimo problema. Para los *huanqueños* todo lo que no sea su puerto *Victoria* significa muy poco; pero lo mismo piensan los *tarmeños* de su puerto *Aurora*, los *cuzqueños* de su puerto *Maldonado* i los *piurinos* de su puerto *Lima*. Cambie de terreno el Dr. Durand, i entonces el proyecto de camino al Pachitea no le parecerá luminoso ni le exhibirá como un título á la consideración de sus com-

patriotas. Asuntos así, de tanta i tan elevada trascendencia, no deben ser juzgados, como ha de juzgarlos el Dr. Durand, con estrechez de criterio, con miras de camaradería. Hay que subir á lo más alto de la reflexión y del estudio, á esa especie de *templa serena* de las necesidades públicas, en que se ve todo con grandeza de espíritu, con verdadera posesión de estadista.

Otro tanto cabe decir del proyecto relativo al socavón de Rumiailana. Hace años que lo tienen los mineros del Cerro de Paseo, ¿dónde está "el surgimiento de ese mineral", como derivación de aquel proyecto? Lo que vemos ahora i lo que veremos mañana en el Cerro de Paseo es i será la obra del socavón? ¿luego? ¿todo lo que necesitaban y necesitan los dueños de Rumiailana se circunscribía i se circunscribía á la devolución de sus minas? ¿Dónde las facilidades para la exportación? ¿Dónde la clara i precisa determinación de sus derechos? ¿Aun admitiendo que la obra del Dr. Durand tuviera los caracteres que le atribuye, siempre habría que considerarla muy deficiente. I si pretendiéramos ir hasta el fin, diríamos que esta deficiencia reconoce por base la falta de preparación del Dr. Durand para resolver el acierto los problemas de trascendencia, después de estudiarlos en conjunto i en sus menores detalles, después de meditar en sus efectos, después de prever los obstáculos que impedirán su desarrollo ó la consecución completa de sus fines.

No es menos restringido, desde el punto de vista en que pretende situarse el Dr. Durand, el proyecto relacionado con la marina mercante. Como casi todos los políticos del Perú, que examinan las cosas superficialmente, se desviven por conquistar prosélitos halagando los prejuicios de las muchedumbres, el Dr. Durand supone, ó aparenta suponer, que la creación de la marina mercante sobre la base del cabotaje es una obra redentora. Pero bueno es que sepa el Dr. Durand: 1.º que el cabotaje está, en su mayor parte, en manos de la marina mercante (botes, balandras i palebotas); 2.º que con los productos de la costa jamás habrá lo suficiente para fomentar ese servicio ni siquiera bajo su aspecto comercial. Las compañías de vapores no consideran el cabotaje del Perú como una de las expectativas de su negocio, i mucho menos como la base de su enriquecimiento. Nuestro comercio interno es miserable, en comparación del exterior; i para comprobar nuestras palabras nos bastará citar un ejemplo. Un vapor con 3000 sacos de arroz embarcados en Eten para el Callao ó Mollendo percibe \$ 750 de flete, i el mismo vapor con 3000 sacos de azúcar para Chile cobra \$ 1650. La veta madre de las compañías de vapores es la exportación allí reside el gran manto de su espléndida mina. Debe también tenerse en cuenta—i sin que esto importe en lo absoluto la densidad de las compañías de vapores—que la entrega del cabotaje á la marina mercante, tal como está constituida i como subsistirá por desgracia durante muchos años, entrañará enormes perjuicios para los agricultores, pues les condenaría á goportar todos los inconvenientes de la navegación á vela ó en vapores microscópicos. Otras son las necesidades de la marina mercante i otro es el modo de crearla, como dice el Dr. Durand, ó de fomentarla, como decimos nosotros.

El "estudio profundo" de la cuenta general de la república en 1895 tampoco merece la glorificación que á sí mismo se disierne el jefe de los liberales. Queremos aceptar todo lo que se le antoje á este caballero en honor de su trabajo i pero merece, por ventura, el calificativo

de labor generosa i amplia? ¿Traspasa los límites del cumplimiento de un deber prescrito por la Constitución? Se dirá acaso que el escamio de las leyes determina carácter, entre nosotros; pero ¿desde cuándo es una gloria caminar por la línea recta? Es lo menos que podemos hacer para salvar nuestro decoro. I aquí también no queremos ir hasta el fin, porque nos veríamos obligados á hacer mérito de circunstancias que pueden desvirtuar moralmente la obra del Dr. Durand. Diganos el jefe de los liberales si hubiera practicado ese estudio profundo á no salir su divorcio político con el señor Piérola. I no sólo en 1895, sino en 1896 i mientras ocupó un asiento en el Congreso, el Dr. Durand estuvo en el deber de estudiar profundamente la cuenta general de la república.

Ha de permitirnos nuestro contendor que no tomemos, á lo serio su exstasis "por haber conseguido la aprobación del dictamen en que se declaró la responsabilidad de los gobiernos de esa época cosa que jamás hizo congreso alguno desde la independencia". Parece mentira que un caudillo forme caudal de minucias semejantes. Por poco no estimo como timbres de honor inimitables los votos de censura que emitió las polémicas i aun las grescas que sostuvo con los gabinetes del Sr. Piérola. Pero si no tomamos á lo serio estas simplezas, cumplimos con el deber de decir que si el Dr. Durand conociera la historia de su patria no antepondría su actitud en 1895 á la del Dr. Vigil cuando á Gamarra, ni á la de los representantes que desconocieron á Bermúdez ni á los convencionales que se resolvieron á declarar la vacancia de la presidencia de Castilla, ni á la de los legisladores que, á raíz del asesinato de Balta, firmaron una moción poniendo á los Gutiérrez fuera de la ley. Estos hechos valen más, mil veces más, que la declaración á que se refiere el jefe de los liberales; i si remontamos tanto, nos parece que la acusación formulada por el Dr. Pérez contra el general Cáceres es una página que no tiene por qué observarse ante la producida por el Dr. Durand.

Vea, pues, el jefe de los liberales que su labor parlamentaria en 1895 i 1896 carece de la excelcitud con que pretende exornarla. No fué lo que debió ser, lo que había derecho de esperar de un mozo que se presentaba en nuestro escenario político con caracteres simpáticos, como una estrella precursora de felicidad en el cielo eternamente sombrío de nuestra historia. No la mancha ningún crimen, pero no la embolece ninguna acción espléndida, de esas que abren surcos en el espíritu i en el carácter de los contemporáneos i merecen el respeto i la admiración de la posteridad.

III

Dijimos que una de las causas del desprestigio del Dr. Durand fué la conducta de sus correligionarios, de esos hombres que *buscaban*, como dice el mismo Dr. Durand, *cosas muy distintas* de las que él apetecía. ¿En qué forma desvirtuó este cargo el caudillo liberal? Lejos de desvirtuarle, le confirmó, pues reconoce que "entre los miembros de la oposición había quienes perseguían fines propios". Les que, apenas no eran logrados, les servían de pretexto para abandonar. I los que actuaron así no constituyeron, por cierto, la excepción, sino la regla general, i figuraron, á mayor abundamiento, entre los que el Dr. Durand creía imprescindibles. I no por falta de advertencia sufrió el jefe de los liberales

tan rudos desengaños. Amigos íntimos i leales—con esa lealtad que ahora echa de menos—le aconsejaron una i mil veces que no tuviera fe en ciertos hombres ó no les estimara hasta el punto de hacerles depositarios de los anielos, generosos ó egoístas, que pretendía satisfacer en la oposición. Hoy mismo son pocos los liberales que *buscaban* en las filas del Dr. Durand *cosas muy distintas* de las que él apetecía? No sabemos ni queremos saber cómo puede convenir este caudillo con la preponderancia que tienen á su lado individuos que ayer no más fueron civilistas, demócratas, radicales i cívicos. I menos nos explicamos todavía la tolerancia con que les permite trazar el rumbo del partido, después de haberles visto fracasar, i de fracasar él mismo, con don Fernando Seminario i con don Nicolás de Piérola. Si hoy se repitiera la comedia de 1895, volveríamos á ver la bochornosa escena que se proyectó en las filas del *durandismo* cuando se derrumbó el gabinete del Sr. Bentín. Veríamos que para seis carteras habrían doce ó quince pretendientes, doce ó quince buscadores de *lujas* en los almacenes de Rissi y Crevani.

La historia que nos relata el Dr. Durand al hacer mérito de la misión encomendada al Dr. Malpartida, puede ser verdadera; pero tenemos el derecho de ponerla en duda. Mal se aviene el doctrinarismo de esa actitud con la carencia absoluta de principios que advertimos en el *Círculo independiente* cuando solicitó nuestra alianza en aquella época. Recordará el Dr. Durand que no se iniciaron oficialmente las gestiones porque exigimos, como condición previa, la declaración escrita i pública de los principios del *Círculo independiente*. Se allanaron muchos obstáculos, inclusive la prevención personal del caballero que entonces nos dirigía; pero ante la valla del programa doctrinario que pedimos, retrocedieron el Dr. Durand i sus amigos.

No deseamos atribuir á falta de sinceridad, sino á olvido de los hechos, la manera como explica el jefe de los liberales el intento de resucitar en los registros cívicos del Dr. Valcárcel. No fué una respuesta ocasional ni un simple *incidente político* lo que hubo allí, ni una campaña tenazmente sostenida, i para comprobarlo hacemos mérito de la separación del señor Castañeda. Si sólo se hubiera tratado de un propósito ligero, sin trascendencia, sin raíces profundas en el espíritu del *Círculo independiente*, nos parece que el señor Castañeda de *manu proprio* ó por consejo de los *durandistas* no habría persistido en desoír el llamamiento de los radicales, ni se habría alejado de nuestras filas en actitud airada, diciéndonos que no entendíamos de política, porque *habíamos* en la Luna isóbaros con los cerros de Tarma.

¿Por qué fracasó el plan liberticida del *Círculo independiente*? Mas que por la acción del gobierno, por la influencia moral de los que se opusieron á esa ignominia. En todo el país se vió con repugnancia la conducta del *Círculo independiente*, i la protesta del partido Radical fué acogida por la república entera. El civilismo—no por virtud, desde luego, sino en aras de sus conveniencias—contribuyó eficazmente á la destrucción del plan de los *durandistas*, i por mucho que sobre las razones para exarcar a favor del señor Piérola, muchas más hubiera para maldecir el triunfo de la del Dr. Valcárcel si el *Círculo independiente* hubiera logrado imponer su designio.

Estudiando ahora esta cuestión desde el mismo punto de vista en que la plantea el Dr. Durand, creemos que la res-

La Irreligión del Porvenir

ESTUDIO SOCIOLOGICO

M. GUYAU

(Continuación)

quien le teme? ¿Cómo puede ver alguna cosa, aquél á quien se ha habituado desde la infancia á marchar con los ojos cerrados i sin mirar francamente delante de sí? La verdad se convierte, para estos sujetos, en una cosa tan variable, tan instable como su propia sensibilidad, en una hora de audacia, niegan, pero al día siguiente afirman más que nunca, i esto se comprende, pues no estamos obligados á sentirnos siempre animosos i valientes. Además, la conciencia moral, que es conservadora como todos los gobiernos, repugna los cambios i las revoluciones. Desde muy temprano se la ha amaestrado i se in-

quiere desde que trató de analizar alguno de sus artículos. No podéis avanzar un paso sin que se eleven voces interiores que os griten "¡cuidado!". Como estáis acostumbrados á oír anatomizar á los que no piensan como vosotros, temblaréis ante la idea de que tales anatemas caigan sobre vuestras cabezas. El sacerdote ha sabido poner de acuerdo con él todos los sentimientos de vuestra alma, temor, respeto, remordimiento, ha hecho vuestra alma i amenerado vuestro carácter i vuestra moralidad, de tal suerte, que si discutís vuestra religión, todo se encuentra en discusión para vosotros.

La postergación del pensamiento, el entorpecimiento de la libertad, el espíritu de rutina, de tradición ciega, de obediencia pasiva; en una palabra, todo lo que es contrario al mismo espíritu de la ciencia moderna; he aquí los resultados de una educación exclusivamente clerical. Estos peligros se sienten sobre todo en Francia, con más viveza cada vez. Así es que se llega hasta pedir que desaparezca al momento la educación religiosa, como hostil al espíritu de libertad i de progreso. Existe una corriente hacia la educación laica, que no es posi-

ble detener i que hará necesario un día á otro que los católicos tomen su partido. Sin embargo, existe una medida que se puede observar i ha transacciones necesarias. Suprimir de un golpe el clero, que ha sido durante tanto tiempo el gran educador nacional i lo es aun en parte, no debe ser el objeto de los libertpensadores. Esta supresión se producirá por sí sola, por vía de extinción gradual. En el fondo, no es mala cosa que en Francia cincuenta i cinco mil personas estén ó parezcan ocupadas de otros cuidados que de sus cuidados materiales. Sin duda, que no se llenen jamás la tarea á que uno se consagra, i que el ideal desinterés del sacerdote, con rareza es una realidad; pero no obstante es bueno que algunos hombres persigan aquí abajo una tarea superior á sus fuerzas; se persiguen tantas otras que están por debajo de ellas!

Por otra parte, no es en un país dominado exclusivamente por una religión i donde nadie contrapesa la supremacía del sacerdote, donde es preciso ver la obra de éste, sino en los países divididos por distintas creencias, por ejemplo, en los países que son en parte protestantes i en parte católicos. El pastor se encuen-

tra entonces en cierto modo con la concurrencia del sacerdote, i ambos rivalizan en actividad i en inteligencia. Esto es lo que sucede en la región del delta del río, en la Alsacia i en muchos países extranjeros. En esta lucha por la existencia de las dos religiones; el celo de los sacerdotes se termina, se trata de ver quién hará más bien entre los suyos, cuál dará mejores consejos prácticos i instruirá mejor á los niños. El resultado, fácil de prever, es que la población así dividida en protestantes i católicos es más instruida, más ilustrada i de una moralidad superior á la de muchos otros países, enteramente católicos i romanos.

Un progreso deseable en los países católicos, sería desde luego, que el sacerdoté gozase de completa libertad civil, que pueda abandonar la Iglesia cuando quiera, sin encontrarse fuera de lugar en la sociedad; que pueda cursarse i que disfrute por completo de todos los derechos del ciudadano. La segunda cosa esencial es que el sacerdote, que es uno de los educadores del pueblo, reciba asimismo una educación más elevada que la que recibe hoy día. El Estado, lejos de procurar disimular el sueldo de los sacerdo-

puesta ocasional i el simple incidente político que debieron dar i promover los durandistas no era la resurrección de la ley del Dr. Vialarcel, sino el mantenimiento de la ley de 1860. No se quería únicamente salir al paso? Pues allí estaba la misma ley que se trataba de derogar. Sosteniéndola de todos modos habría sido lo correcto en esas circunstancias. En cualquier caso, debió tenerse en cuenta que nunca es lícito patrocinar iniquidades.

Si la teoría del Dr. Durand normara la existencia de las agrupaciones doctrinarias ¿a que se reduciría la honradez? ¿qué valdrían los principios? ¿qué le inspirarían los reformadores? Lo ocasional, lo meramente político no deben anteponerse nunca, por ningún motivo, a las ideas de rectitud i justicia, a los sentimientos de altivez i decoro que informan la índole i el carácter de toda labor generosa, de todo propósito bien intencionado. Lo que evidencia y enaltece la misión regeneradora de los grupos doctrinarios es la inflexibilidad de su criterio, la energía con que siempre marchan por la línea recta. No ceder, no transigir con el mal, tener los atributos de una virtud. Es también una obligación, i una obligación provechosa, no sólo para el país sino para la causa que se defiende. El Dr. Durand, por desgracia, hizo algo más que ceder, algo más que transigir con el mal; se convirtió, por interés meramente político, en sostenedor de una bandera odiosa, denigrante i liberticida. De aquí su desprestigio; de aquí también la desconfianza con que se acogen hoy sus llamamientos a la lucha por la consecución de un ideal immaculado. Si mañana tuviera que dar una respuesta como la de 1895 ¿no es cierto que se olvidaría de sus doctrinas? Por lo menos ¿no ha derecho para temerlo?

(Continuará)

El Ministro de Gobierno

¡Dios nos libre de poner en duda las excelas cualidades del señor doctor don Eulogio Romero como simple particular! Tiene todo lo que necesita un hombre para ser estimado por sus semejantes, i hasta por los irracionales, en el orden doméstico; pero como Ministro de Gobierno no nos haría olvidar a muchos, a casi todos sus antecesores: es un funcionario enteramente infítil.

Si el Dr. Romero fuera el monarca decapitado por Cromwell i nosotros el gran historiador inglés, le diríamos: "Es muy duro criticar los hechos públicos de un hombre dotado de generosos sentimientos; pero si se tiene en cuenta que las naciones deben ser gobernadas por buenos gobernantes i no por buenos sujetos, se comprenderá hasta la justicia con que aceptamos el regicidio consumado por el Protector."

Para que se vea lo que vale como Ministro de Gobierno el señor doctor Eulogio Romero, recomendamos la lectura de la carta que se nos ha dirigido de Ocaña i de la correspondencia de Azángaro publicada en *El Pueblo*, de Arequipa.

Hé aquí la carta:

Ocaña, 3 de enero de 1906.

Señor Director de *Germinál*:

Lima

Mui señor mío:

Concedor de la labor regeneradora que llevan ustedes a cabo persiguiendo la maldad con valentía i perseverancia,

me permito poner en conocimiento de ustedes que la creación de la Comisaría de Laramate en la provincia de Lucanas, no llenó el fin para que fué creada; por cuanto todos i cada uno de los comisarios —excepto hecha del primero, un señor Sagasti— fueron de lo más perversos, para acabar de envilecer a nuestros tanto envilecidos ciudadanos.

No quiero señalar todos los latrocinios i violentos cometidos por esos hombres; me concretaré a un hecho típico. Hace más de un año que en el pueblo de Huac-huas, distrito de Laramate, un individuo —cuyo nombre no ha llegado a mi conocimiento— dió muerte a su consorte de un puntapié. El juez de paz don Gregorio Bendeúz, instruíra el respectivo sumario, cuando llegó a dicho pueblo el Comisario de entonces, don Ricardo Elías; arrancó al reo de la cárcel i del poder judicial, le flageló, le hizo clavar en unos palos —según versión general— le sacó de allí i ordenó a sus gendarmes que le fusilaran: uno de ellos, el más joven, no obedeció la orden; pero el otro le disparó un tiro al borde del mismo sepulcro cavado por la víctima. Como no muriese con ese tiro, sacó Elías su revolver i le ultimó. En esos días alguien debió haber denunciado el hecho, porque el subprefecto de aquella fecha, señor Falconi, vino i dió la voz "que lo tenía preso," mas —era lo cierto que lo tenía en su compañía durante su permanencia en Laramate i se lo llevó a Puquio, honoríficamente como a compañero de viaje de alto tono. En Puquio le alojó en la casa subprefectural, hasta que después que prestó su instructiva ante el señor Juez de 1ª Instancia de la provincia, Dr. Altamirano, tornó nuevamente a Laramate, más enorgullo que nunca.

Hubo rumores de que "la familia Elías era muy influyente i que si el juez i el sub-prefecto hubieran procedido de otra manera, les habría costado la pérdida de los puestos." Sea de esto como fuere, lo cierto es que Elías, se pasea —sin que nadie le pida cuenta de su conducta, ni nadie se atreva a denunciar el hecho del que sin duda alguna tiene conocimiento el gobierno, quien se ha limitado a separarle del puesto. Este Elías ha sido el peor de todos por sus escandalosos abusos: multó por los motivos más fútiles, sin dar cuenta a nadie, usó de una mujer en Urziza, a golpe de música, i violó a otra en Otoca públicamente. Estos hechos no me constan, pero son del dominio público, aun cuando en un caso dado todos los negarían, a excepción del suceso de Huac-huas cuyo sepulcro existe allí [el del fusilado] i cualquiera que quiera convencerse no tiene sino que ir i pedir informes al vecindario. Ya la fiero no tiene garras i no debe haber mucho temor. A mediados de agosto del año que acaba de terminar tuvo lugar otro hecho casi parecido en Palco. Pedro Paredes era un ratero que fué cogido por Juan Pardo i Pedro Chávez, en las inmediaciones de Palco; estaba preso allí en casa de Pardo cuando llegó don Nazario Saravia, lo hizo estirar con sus compañeros, pidió un balde de agua, labó los testes a Paredes, tranquilamente i lo castró! Luego lo hizo conducir al cepo de Palco, de donde le llevaron herido i desangrándose montado en un burro a Otoca. En Otoca se le tuvo unos días i luego se le mandó a Puquio con José Cabezaú i Santiago Bendeúz: estos volvieron luego dando razón que "el preso se había fugado"; pero un transeunte sanjuanino —se dice— encontró el cadáver en el despoblado de "Caucacha," no lejos del camino. Se dice que avisó al cura para que lo mandara enterrar, pero ni cura ni autoridades han di-

cho una sola palabra.

Si ustedes creen conveniente pueden publicar estos hechos, que para el caso necesario i venga sobre mí lo que viniere, mi dirección es..... (1)

Hé aquí la correspondencia.

Azángaro

Esta provincia, declarada benemérita i su capital heroico pueblo, por suprema resolución de 11 de abril de 1828; está situada en el departamento de Puno, teniendo al E. la de Sándil, al N. la de Carabaya, al S. la de Huancané i al O. las de Lampaya i Ayaviri.

Su extensión es más ó menos de 3,500 kilómetros cuadrados. Tiene un clima frío, pero sano. Su temperatura es de 12° en diciembre i en 4° bajo cero en julio i agosto.

La población se calcula en 45,252 habitantes; la capital, Azángaro, cuenta con 1,054, según último censo.

Los trece distritos de que se compone: Azángaro, Sando, Asillo, Putina, Arapa, Chupa, San José, San Antonio, Potoni, Achaya, Caminaca, Samán i Muñani; se encuentran a grandes distancias, teniendo los viajeros que emplear varias horas, para llegar a cualquiera de ellos, recorriendo a veces pésimos i peligrosos caminos.

Los indígenas, por lo general, se encuentran repartidos en parcialidades llamadas «Yillos», conjunto de chozas, fuera de los pueblos.

No hablan el español, sólo el quechua, el cual parece que cada día se va haciendo más pobre, porque no habiendo obras escritas en este idioma no sabemos leer, además, cada generación entrega a la que las sigue menos vocablos ó expresiones de las que recibió, por causas que la filología explica.

Esos «Yillos» gobernados por los segundas, quienes tienen a sus órdenes a los «alicatas» i éstos a los «alcaldes de varas», obediéndonles directos los gobernadores, van desapareciendo poco a poco, pues los indios van vendiendo sus derechos a los señores feudales, que forman fincas, ya para fomentar las fiestas religiosas i consiguientes bacanales, ya para atender a los juicios, ya para libertarse de los abusos de sus poderosos colindantes, i sobre todo salir de la miseria a que los han conducido las malas cosechas, i entregarse a la ociosidad.

Los indios, todo lo esperan del cielo; el año que no llueve se mueren de hambre. Rutinarios, anda hacen por mejorar el cultivo, ni por ver las condiciones de mejora del ganado. Víctimas eternas de sus mandones, sólo olvidan sus pesares con el alcohol, que cada día los envilece más.

Los pocos productos se reducen a las chalonas, quesos, mantequillas, papas, oca, quinua i cebada en algunos sitios. Según cálculos, en el año se fabrican 450 qq. de quesos. En igual tiempo se exportan quinua i medio, por cada 100 ovejas. El ganado, en reducción, es de 450,000 ovejas.

En la capital hai sociedad culta é instruída. Gente hospitalaria i honrada, se complace en hacer bien a los pasajeros i transeúntes.

La capital tiene el título de ciudad por ley de 5 de febrero de 1875.

Su cárcel ha sido hoy convenientemente reedificada, con techo de calamina, por el municipio. En esta cárcel, triste es decirlo, hai indios, sin mandamiento escrito de detención. Hasta los actuarios los ponen ahí, por altos fines. Hai jueces de paz (no todos) que ebrios dictan prisiones obedeciendo a ciertos rúbulos ó tinterillos, esos explotadores del infen-

liz, que como dice el doctor Lama, son los que «sin otras nociones de derecho que las que ofrece a su inculto entendimiento la lectura del código, que en sus manos es el cadáver de la legislación, se lanzan a labrar la ruina de las familias.» ¿Qué podremos decirnos otros de esos explotadores de estos lugares, que forjan expedientes en las tinieblas, simulan diligencias, insultan a los dignos magistrados?

Ab!

Desgraciadamente, nuestro gobierno nombra de primeras autoridades a individuos que se mueren pidiendo empleos, sin atender al perjuicio que hacen designando a seres desprovistos de toda cualidad administrativa.

El gobierno debe emplear en puestos públicos, sólo a sus partidarios solicitantes i exigentes, ó a los aptos i preparados?

En la actualidad, es un hecho ya la absoluta distancia del subprefecto, D. Ramón Valdivia, con el pueblo.

Una serie interminable de hechos ha dado motivo para que los ciudadanos se dirijan al gobierno, funcionarios superiores, prefecto i congreso, pidiendo garantías i manifestando que hai abusos, prisiones arbitrarias, negación de auxilios al poder judicial i municipal, asaltos, venganzas, crímenes.....

Nosotros no hacemos comentarios, exponemos simplemente lo que por aquí pasa.

¿Atenderá el gobierno? ¿continuará sosteniendo a su suplicante?

También nos aseguran que el citado señor subprefecto mandó actas a su favor.

¿Pero.....? En la sierra ¿qué subprefecto no tiene quien firme los documentos que él manda hacer?

Ya es sabido: toda acta a favor de los subprefectos, si no produce fin contrapropósito, se la mira con desdén.

Azángaro, 15 de noviembre de 1905.

EL CORRESPONSAL.

(1) Un deber de caballerosidad nos obliga a reservar el nombre i la dirección del autor de esta carta, que conservamos en nuestro poder para los efectos legales.

La Dirección.

GERMINAL

ORGANO DEL PARTIDO RADICAL

(UNION NACIONAL)

Economía del período

Se publica todos los sábados.

Suscripción mensual.....40 cts.
Número suelto.....10 ..

La administración funciona diariamente en la calle de Belén número 1,022, de 8 a 11 a. m. i de 1 a 5 p. m.

Los cambios de Lima i el Callao deben enviarse al local de la Administración. Los de provincias, a la casilla del Correo núm. 277.

Toda correspondencia se dirigirá a la Administración de Germinál, casilla No. 277.

Los personas que deseen suscribirse a GERMINAL, lo avisarán al Administrador. GERMINAL no admite avisos ni comunicados.

Imp. EL PROGRESO—Callao.

tes—miserable economía—podría, a ser necesario, aumentarla, pero exigiendo entonces diplomas análogos a los de los profesores, conocimientos científicos e históricos, así como de historia religiosa [1] Ya algunos curas de campo se ocupan de botánica i de mineralogía, i otros de música; existe en las filias del clero una cantidad considerable de fuerza viva, esterilizada por falta de iniciativa i de hábitos de libertad. Los librepensadores, en vez de tratar de separar la Iglesia del Estado por una operación quirúrgica que no es una curación, podrían apoyarse en el Concordato. Aprovecharse de que el Estado tiene en sus manos el presupuesto del Clero para obrar sobre este gran campo abotargado i tratar de despertarlo. En sociología lo mismo que en la Mecánica, no es preciso siempre quebrantar las fuerzas que estorban, sino aplicarlas de manera que puedan ser útiles. Todo lo que existe es útil en cierta medida, i por lo mismo que la educación dada por el clero subsiste aún, se puede afirmar que desamparado todavía cierto papel en el equilibrio social, aunque sea un papel pasivo, de simple contrapeso. Solamente aquello que tiene cierto grado de uti-

lidad, puede adquirir un grado superior, pues todo lo que es, puede transformarse. Hace falta, pues, no tratar de destruir al sacerdote, sino transformar su espíritu, darle ocupaciones técnicas ó prácticas distintas, por ejemplo, en la ocupación mecánica del brevario. Entre la religión literal que solamente enseña aún la mayoría del clero francés, i la que en nuestra opinión, el ideal nacional i humano, existen innumerables grados que no pueden alcanzarse sino progresivamente, por una lenta elevación del espíritu, por una dilatación casi insensible del horizonte intelectual. Mientras se espera que el sacerdote alcance estos grados sucesivos i llegue a entrever su propia inutilidad, conviene que se haga útil en la medida que crea poderlo ser todavía. No debe exigirse más que una cosa, i es que no se haga nocivo saliendo de los límites de su derecho.

II—EDUCACION DADA POR EL ESTADO

La tarea del Estado de sustituir progresivamente la educación dada por el sacerdote, por la educación laica, crece cada día en importancia. Sin duda

qué el Estado debe permanecer neutral entre todas las confesiones religiosas; pero como se ha hecho notar [2] hai dos maneras de observar esta neutralidad: la una pasiva, por decirlo así, i la otra activa. Se puede permanecer neutral pasivamente, absteniéndose de refutar ó de apoyar las pretensiones de una teología particular; se puede permanecer neutral activamente, persiguiendo la misión científica ó filosófica al lado i por fuera de todo problema dogmático. A esta especie de neutralidad es a la que debe atenderse la enseñanza primaria i secundaria, así como debe ser la regla de conducta para el educador.

El maestro de escuela ha sido durante mucho tiempo blanco de bromas ligeras: ha hecho resaltar a veces su lado ridículo al primer golpe de vista; hoy día es aun poco apreciado por aquellos que pretenden figurar en las alturas del pensamiento. Los Renan i los Taine no ven sino sonrisas a este representante de la democracia, de la ciencia, puesta al alcance de la infancia. Los miembros de la alta enseñanza no encuentran excusa para el pedantismo que a veces deja entrever ese magisterio que ignora el griego. Todos los letrados con veleidades

aficiones a la poesía ó al arte, encuentran muy prosaico, muy utilitario al hombre cuya principal ambición consiste en hacer que penetren en algunos millares de cabezas de campesinos el alfabeto, la gramática, el nombre de las capitales de Europa i los lugares de donde nos viene la pimienta i el café. I sin embargo, este maestro de escuela desdénado, cuya misión se engrandecerá cada día, es el único intermediario entre las masas atarascadas i los espíritus escogidos que marchan siempre delante. Tiene la capacidad de ser el hombre necesario por excelencia; i el defecto de sentirlo a veces demasiado, en el fondo de su alma, sucede que llega a producirse el mismo gran efecto que produce en los niños a quienes educa i en los ignorantes groseros que le rodean; esto es una ilusión óptica natural. Pero si la conciencia, algunas veces exagerada de su papel, le da un poco de este pedantismo tan repro-

[1] No se podría asignar a los sacerdotes un sueldo más elevado mientras no estuviesen provistos de ciertos diplomas laicos, como el de bachiller, licenciado, etc., i así se tendrían educadores i moralistas con un espíritu más moderno i más científico.

[2] M. Goblet d'Alviella.